

CORREO CONSTITUCIONAL, LITERARIO, POLITICO Y MERCANTIL DE PALMA.

S. Amos, profeta y Sta. Petra.

Ha salido el sol á las 5 horas y 47 minutos. Y se pondrá á las 6 y 13 minutos.

NOTICIAS DE LA PENÍNSULA.

Concluye el aviso á los Napolitanos.

El Gobierno Napolitano, convencido por el ejemplo de la inconquistable España, ha adoptado aquellos principios, pues se nos asegura que tiene á su disposición cuatrocientos mil legionarios. No conocemos país mas á propósito en la actualidad que la Italia, para emplear estas guerrillas, porque ninguna región como esta convida á la guerra de partidas. Su estensa superficie de catorce mil leguas cuadradas se halla cortada en todas direcciones por caudalosos rios que estorban la marcha de grandes ejércitos, pero no el paso de pequeños cuerpos; y dividida en toda su longitud por los altos Apeninos, montañas que en todos puntos y á cortísimas distancias, ofrecen asilo seguro á los guerrilleros. Si el gobierno napolitano al tiempo que practica las operaciones indicadas sobre *Veletri*, dá una orden terminante para que diez y seis mil legionarios, divididos en guerrillas, pasen con rapidez á la retaguardia y flancos de los austriacos, dispersándose desde el origen del *Tiber* hasta las bocas del *Arno*, y desde la embocadura del *Alterno* hasta el *Bormida* y *Alejandria*; si guerrilleros intrépidos se atreviesen á vender el *Pó* á *Valencia* y tomar á *Milan de Reves*; es constante que el triunfo de la libertad se habia decidido en favor de los Napolitanos, y aunque durase la lucha, triunfarian infaliblemente.

En una pequeña obra que escribimos en 1819, sobre el sistema militar de Bonaparte y las verdaderas causas del aniquilamiento de sus numerosos ejércitos en la Península Española, demostramos la táctica parti-

cular de las guerrillas, modo de fomentarlas, su cooperacion recíproca, armamento, &c., en fin, su destino y constante objeto. Sabemos que este opúsculo ha llegado á manos de los que están encargados de defender la libertad napolitana. Es inútil, por consiguiente, repetir los principios, los hechos en que se funda aquella, y los seguros y felices resultados, que produce su aplicacion. Si las guerrillas napolitanas, estendiéndose (como hemos dicho) entusiasman con la Constitucion española á los abatidos italianos; si abrasan los palacios y las suntuosas casas de campo de los infames aristocratas italianos que han rendido su cuello constantemente á la tiranía estrangera, sometiéndose al primero que ha invadido su Patria, y adulando al segundo que desalojó á aquel; si protejen á los pueblos que se deciden contra sus opresores; si castigan inexorablemente á los traidores, intimidando al mismo tiempo á los príncipes pequeños, que suministran tesoros á los austriacos; si fomentan las partidas que ormiguarán en Arezo, y en las cumbres de los Apeninos: veremos al pueblo italiano alzarse y salir del vergonzoso estado en que yace. El trocará las comodidades de la vida (de que es idólatra) por las armas y por la independendencia. Si las razones y el honor no escitan su antiguo valor, el castigo cierto y el peligro inminente decidirán al cobarde y á los indiferentes; y en todo evento á proporcion de los comprometidos crecerá el número de los enemigos de los opresores austriacos; no tardarán en hallarse estos encerrados en *Plasencia*, en *Mantua*, en *Ferrara*, sin comunicacion, sin base segura de operaciones, sin unidad de movimientos.

La Italia puede ser el sepulcro de los austriacos como la España lo fue de los ejércitos de Napoleon; y eso que esta Nación se halló en peores circunstancias que la Italia y tuvo que tratar con otra especie de enemigo, ocupada toda (hasta su capital,) destruido su gobierno, sin recursos sin centro fijo, cautivo su rey como el de Nápoles; pero supo aniquilar en un corto número de años los ejércitos invencibles de uno de los mayores guerreros que han conocido los siglos: ejércitos organizados, entusiasmados, ejércitos que no pueden compararse, sin degradar el arte militar, con esas pesadas tortugas austriacas, ó como vosotros, italianos, los llamais, con esos *Patatucos*. Vuestros recursos exceden incomparablemente á los de la España, vuestra riqueza es mayor, la poblacion nos supera y los medios que teneis para hacer la guerra no tienen comparacion con los nuestros. Las populosas ciudades que á cada paso encuentra el viajante se hallan cubiertas de robustos caballos que no sirven mas que para pasear la molicie de las graciosas damas y la indolencia é insensatez de los *caballieri serventi*. Empleen aquellas sirenas sus irresistibles atractivos en escitar el patriotismo y el amor á la independencia..... Vuestras campañas abundan de material para la subsistencia del soldado, y de robustos *contadinos* labradores que los señores tiranizan despues de habituarlos á hacer cortesias y gestos degradantes que ofenden á la razon.

¿Y no es mas justo que la sangre de los Pueblos, y una parte de las riquezas de esos señores afeminados, que en último análisis ha de ser toda para engrosar y reforzar á los austriacos *insolentes y puercos* (como ellos mismos los llaman) se invierta en destruir á los tiranos opresores? ¿No es mas glorioso recobrar la libertad y aparecer en el gran teatro europeo como un Pueblo independiente y libre? La contienda no puede ser muy larga. No es contra aquel terrible Napoleon contra quien teneis que batiros; es contra déspotas imbéciles que no saben mandar una compañía. Mas ¿en cuántas y cuán repetidas declamaciones é invectivas no han prorrumpido esos mismos Pueblos italianos, que ahora permanecen apáticos viendo marchar á los austriacos contra sus compatriotas los Napolitanos? Llegó ya el caso de imitarlos; los hechos son los que dan á conocer el valor de los hombres....

Napolitanos: á grandes males grandes remedios. Entre la ignominia y la muerte te-

neis el camino glorioso de la libertad. Si estais decididos á ser libres, es fuerza que os digamos con franqueza no os confiéis torpemente en la cooperacion de Naciones distantes. ¡Desdichado el pueblo que para sacudir la tiránica coyunda, no cuente con su patriotismo, su valor y los medios que tiene en derredor suyo. Los subditos de las Naciones constitucionales, los valientes aunque abatidos militares Franceses á media paga, los hombres libres de todo el Universo estan, es verdad, por vosotros; mas reparad que sus servicios no pueden ser sino parciales y aislados. Los Gobiernos que disponen de la fuerza reconcentrada se aterran con las dificultades, tiemblan de continuo, no preveen los sucesos ó son egoistas infames. Si se os suministra algun efímero auxilio, no le desprecieis.... Millares de valientes Españoles estan ansiando de batirse en la deliciosa Italia por vosotros y á vuestro lado; pero los militares no son ricos, y la distancia que los separa es enorme. Enviad un comisario con amplias facultades, si quereis ver en favor de Nápoles un ejército que recuerde las glorias de *Bitonto* y la ignominia austriaca. La victoria es segura, Napolitanos, si apelais á una guerra enérgica, proporcionada á la magnitud de la empresa. Medios extraordinarios se requieren, y estos los teneis en vuestros inmensos recursos, y en el sistema de guerra indicado. Si no le adoptais, os debemos declarar con la franqueza de Españoles libres que *correis en pos de una sombra. Es un error hasta el imaginar que podeis vencer por otros medios*. No os circunscribais, no, á la defensa de vuestro territorio solamente; llevad tambien los desastres de la guerra fuera de vuestra casa, y que participe la Italia toda de los sacrificios que cuesta la libertad: por que si triunfais, gozará igualmente de sus glorias y de la magestad de un Pueblo soberano. (P. M.)

Algunas observaciones sobre el discurso que leyó el rey al hacer la apertura de las Cortes el 1º de marzo de 1821.

Como el discurso que escita nuestras reflexiones en este momento habrá fijado y fijará necesariamente la atencion de toda Europa, y con particularidad la de aquellos hombres que andan de continuo á caza de pretextos para desacreditar la causa de la libertad, y cohonestar proyectos que la injusticia y la razon condenan, creemos ha-

cer un importante servicio á la libertad y á sus numerosos y sinceros defensores, examinando alguna de las cláusulas que contiene el mencionado discurso; pues aunque pronunciado por un rey, ni está fuera del dominio de una respetuosa crítica, ni menos consiente la severa verdad que al tocar materias sumamente delicadas se use de un lenguaje inexacto y obscuro, capaz de inducir á errores funestos y de gran trascendencia.

Antes de entrar en materia, haremos de paso una observacion, que si bien podrá ser de poca importancia para los que no conocen los interiores de las cosas, será de mucha para los que están al corriente de los hechos.

Poca perspicacia es necesaria para distinguir que los últimos tres párrafos del discurso de que tratamos son obra de otra mano, y parte de muy diferente cabeza que la que concibió el cuerpo del discurso, que naturalmente termina, como cualquiera puede conocer en el párrafo anterior que acaba diciendo y *acelerar con él la prosperidad y bien estar de la Nacion.*

Los que no entienden bien el mecanismo de un gobierno representativo ó constitucional, y el juego propio de cada una de sus piezas, creerán que se hace un agravio al Rey, ó al menos ilustracion como hombre, en no suponerle autor de los discursos ó arengas que pronuncia, ó que el gobierno publica á su nombre. Pero, nada menos que eso; en los gobiernos representativos, aunque los monarcas sean filósofos y literatos, mas que un Alfonso X, ó que un Federico II, ni hablan, ni arengan por sí á los diputados de la Nacion, sin embargo de que articulen materialmente los discursos, pronunciándolos como propios. Esto toca al ministerio cuando se obra legalmente; pero cuando se abandona la senda de la ley, se sustituye en el lugar de los ministros aquel confidente ó favorito que tiene bastante audacia para comprometer, cuando menos, el decoro del gefe del Estado. Si los males que de tan enorme abuso pueden seguirse, aun en tiempos comunes, son incalculables, ¿qué diremos en circunstancias difíciles y delicadas?... Ya la experiencia acaba de darnos una gran leccion... ¡Ojala saquemos de ella todo el provecho que debemos!

Desvanecido, pues, el recelo de ofender al monarca con no creerle autor del discurso de apertura, porque legalmente no podemos ni aun suponerlo, es claro que nuestra crítica, si bien circunscrita al escrito,

no puede tener otro blanco que al *malvado forjador* de los tres párrafos con que termina, el cual no es ciertamente ninguno de los *ex-ministros*, pues nadie se vitupera á sí mismo, y está, además, muy palpable el zurcido... ¡Almas pérfidas é ingratas! ¡Dios quiera que no tengamos el disgusto de veros pagar en el año 21 los crímenes y atrocidades del de 808! Pero parece ley del destino que el genio de la traicion sea en todo tiempo absolutamente incompatible con la lealtad y agradecimiento. Volvamos á nuestro objeto.

Es doloroso á la verdad que el *surcidor* de los últimos tres párrafos haya olvidado de todo punto el habla castellana; pues desdican mucho en los labios de un rey español frases impuras, afeadas con resabios de un *extrangerismo* que está publicando su odiosa alcurnia... ¿Pero cómo habian de salir en traje de verdadero español si el artífice no lo ha sido? Continuemos.

Es notable la sandez con que el *adicionador* hace decir al rey: *que de intento ha omitido hablar hasta lo último de él* (el discurso se estiende) *de su persona porque no se creea que la prefere al bien estar y felicidad de los pueblos, &c.*

¡Necio *surcidor*! por impertinente hubiera podido evitar cláusula tan sándia; pero temias vomitar la ponzoña sin acompañarla con algun correctivo que la templase. ¿Pienzas que los españoles del año 21 son los hombres del siglo 12, torpemente engañados y persuadidos de que los reyes lo eran todo, y las Naciones nada? No, te equivocas: saben ya hasta los mas rudos que las Naciones son todo, y sus monarcas una parte de ellas... ¡Habría sido estupenda cosa que el rey se hubiese ocupado muy detenidamente de sus peculiares y personales intereses, y que los de la gran Nacion que tiene la gloria de mandar *constitucionalmente*, los hubiera postergado para lo último, como cosa muy accesoria y de ningun valor! Esta táctica no es de uso en los pueblos libres; practícase en Oriente en donde la aprendieron Napoleon y sus secuaces, y sus ridículos imitadores del dia. Prosigamos.

«No se me ocultan las ideas de algunos mal intencionados que procuran seducir á los incautos, persuadiéndoles que mi corazon abraza miras opuestas al sistema que nos rige &c. ¿A qué hombre de buen sentido se le ocurre hacer decir á un rey en el acto mas solemne, y en circunstancias como las presentes, palabras tan ofensivas á su dignidad, cuando en la boca de un monarca to»

do debe ser digno, noble, grande como su persona y el papel que representa? ¿A qué está acusación de sí mismo, aunque sea hipotéticamente hablando?

Los verdaderos españoles son harto honrados y generosos para ni imaginar siquiera en su rey una felonía que envileciera el alma hasta del mas infame facineroso. Miran sí con dolor que apenas hay conspiración ni atentado público en que no intervenga como autor ó agente algun empleado en su real casa ó servidumbre; pero ni deducen, ni deben deducir ninguna consecuencia poco favorable al decoro y lealtad de un príncipe (que entre otras) tiene por divisa la religiosidad que heredó de sus mayores. ¿Será acaso el primer ejemplar ni el único de que buenos amos tengan algunos criados infieles ó malvados? Es verdad que los corazones débiles ó poco rectos vacilan, titubean al ver ciertas cosas; pero esto es bueno para conocido, y aplicar al momento el remedio, mas nunca para dicho. El modo de desvanecer sospechas, si se teme que pueda haberlas en algunos, es destruir las causas que las producen: los hombres del siglo diez y nueve quieren cosas, no palabras; porque á los Españoles del dia no se les puede ya aplicar lo que una pluma célebre dijo de ciertas familias que *ni habian aprendido nada en la desgracia, ni nada habian olvidado.*

Han sido públicos (hace decir á S. M. la venenosa pluma que adicionó el discurso) *los ultrages y desacatos de todas clases cometidos á mi dignidad y decoro, &c.!* Maquiavélico infernal! ¿cómo has podido alucinar hasta este punto el corazon de un rey, que tantas y tan inauditas pruebas de amor y respeto ha recibido del Pueblo mas leal y generoso del Universo?... El rey sabe muy bien que ni una vez siquiera ha sido testigo presencial de semejantes horrores, y no ha debido creer á la *traidora voz* que le persuadió que en su ausencia se habian cometido pública ó secretamente tales atentados.... ¡Infames instigadores! estais bien conocidos, y vuestros planes y vuestras maquinaciones tambien: *sois exactamente los mismos hombres que erais*: pero temed (y tal vez el momento se acerca) que una mano fuerte corte la larga cadena de vuestros crímenes y vuestra sangre satisfaga á la ultrajada Patria.

No temo por mi existencia y seguridad; Dios que ve mi corazon, vela y cuidará de una y otra, y lo mismo la mayor y mas sana parte de la Nacion &c.

Sí, así será: los liberales verdaderos, los sinceros amigos de la Constitucion, que componen la inmensa mayoría del Pueblo Es-

pañol, forman en rededor del rey *constitucional* un muro de bronce, contra el cual se estrellarán inútilmente todos los tiros de la iniquidad, vengan del lado que vinieren. Pero no olvidéis, señor, lo que un cruel desengaño hizo decir á vuestro desgraciado tío, en el momento de su mayor amargura: *Los aristocratas me han conducido al último trance.* Es decir: los enemigos de la Nacion, lo han sido míos, y ellos infamemente me asesinan. No deis oídos á consejos pérfidos: desconfiad de los que siempre fueron malos, de aquellos cobardes egoistas que desde el primer momento se pronunciaron vuestros enemigos, como vos mismo sabeis, mejor que nadie; y echáos sin recelo ni temor en los robustos brazos de la Nacion generosa que os conservó la vida, el trono y el honor, redimiéndoos con su sangre de la infamia y de la esclavitud.

Que aquellos insultos no se hubieran repetido (os han hecho decir) *segunda vez, si el poder ejecutivo tuviese toda la energía y vigor que la Constitucion previene, &c., y que la poca entereza y actividad de muchas de las autoridades ha dado lugar á que se renueven....* ¡Cómo os han fascinado, señor!... Sin el incomparable celo, sin la suma energía y vigilancia que han desplegado todas las autoridades en los desagradables excesos que han ocurrido, ¿pensais que ya no hubiera corrido á torrentes la sangre de los malos?... ¡La astucia de hombres, *avanzados en la perfidia*, mucho os ha desfigurado los hechos! ¿Qué bastó á contener la indignacion pública? ¿qué pudo calmar el ardor y la rabia de militares y paisanos la aciaga tarde en que una docena de miserables asesinos intentó acuchillar al pueblo inermemente porque os victoreaba *Rey Constitucional*?... El celo, la energía, la vigilancia de autoridades, dignas todas de admiracion por su heroico patriotismo y consumada prudencia de tan difíciles y arriesgados momentos. ¿Es acaso un desacato proclamaros *Rey Constitucional*? ¿lo será el decíroslo con el calor y energía propia de la fogosa sangre española?... Los pérfidos asi os lo habrán persuadido; pero sabe el mundo entero que es una atroz calumnia, y que no puede manchar la reputacion de un Pueblo que por espacio de veinte siglos se ha presentado á todos los de la tierra, como el modelo de las mas acendrada lealtad.

Españoles, nuestra reputacion no puede ser mancillada: el monarca conoce nuestras virtudes: la Europa las admira con envidia, y S.M. se convencerá de que todos han cumplido con su deber, cuando la marcha misma de los sucesos desága las ilusiones que cautelosa y traídoramente le han forjado. (*Redact. gen. de España.*)